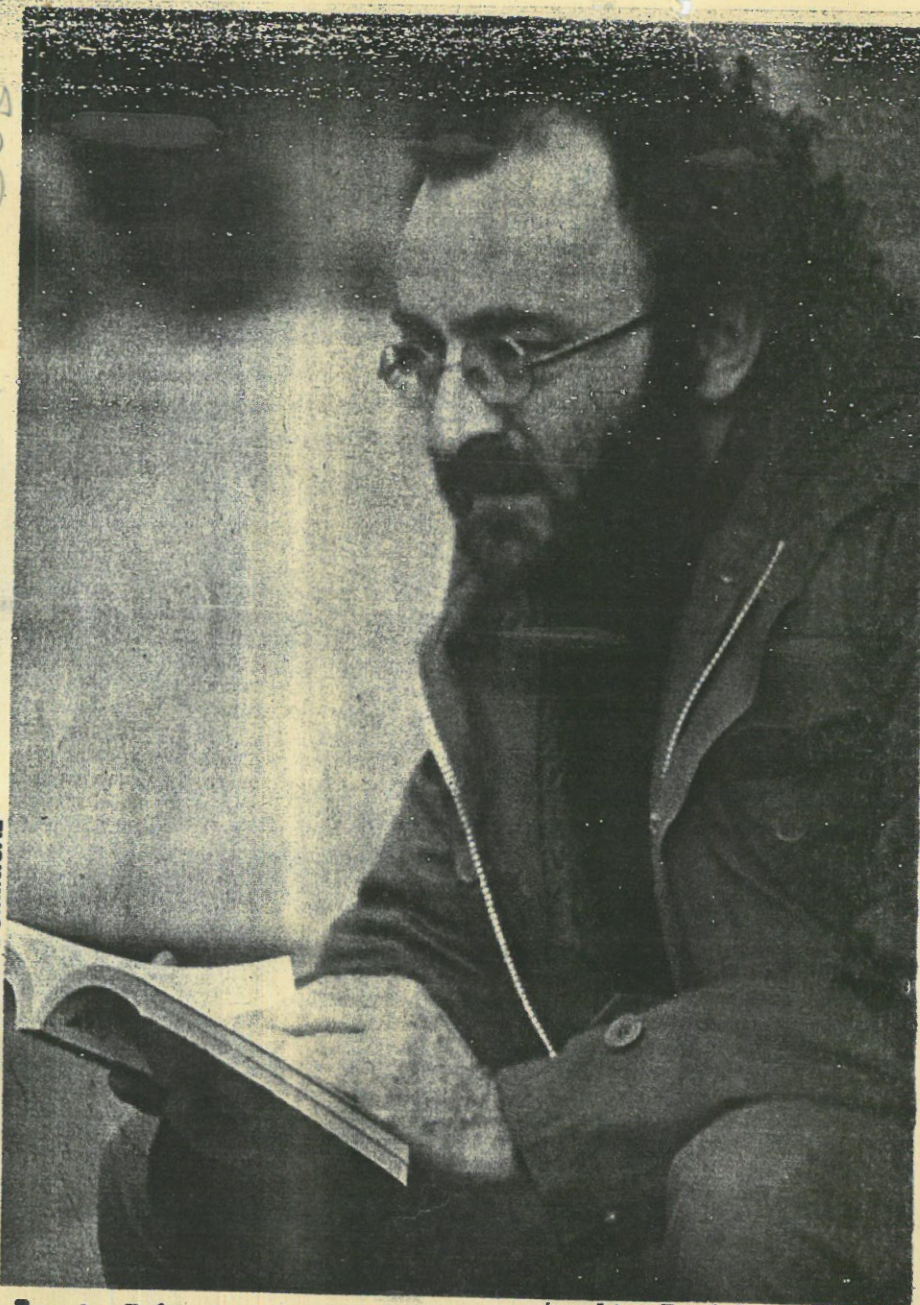


ARMENIA
MUSICA
(1984)

6 - MAGAZIN DOMINICAL



Jorge López. Foto de Germán Hernández

Jorge López en Europa

Colombia paloma herida

Por GERMAN HERNANDEZ

La estación del metro de Chatelet, situada en el corazón de París, es un laberinto de corredores subterráneos y carteles adheridos a las paredes. Es, quizás, junto con la de Montparnasse, la más grande y enrevesada de la ciudad. La semana pasada, un pequeño grupo de músicos se coló por la puerta mayor, aprovechando un descuido de los gendarmes. Llevaban dos guitarras, una guacharaca, un tambor y una flauta, pero aun así lograron burlar la registradora y alcanzar el paradero principal sin ser vistos.

Una vez allí, sin embargo, el improvisado conjunto no pasó inadvertido, porque apenas llegó comenzó a interpretar unos

ritmos exóticos, desconocidos, que interrumpieron la rutinaria frialdad de los pasajeros. La primera canción —titulada *Oh, hilando*— fue la que mejor conmovió a la mayoría de habituales y cansados transeúntes parisinos. Procedía de las lejanas, deslumbrantes e inhóspitas tierras colombianas del Chocó, un nombre que llegó esta vez a París a través de la música callejera del metro, que es la mejor del mundo. Y lo hizo, además, sin pagar tiquete.

Romance en Alemania

Oh, hilando, la novedosa canción

chocoana, no es un canto extraño ni siquiera en Colombia.

Esto es algo apenas lógico, si tenemos en cuenta que, en realidad, fue compuesto el invierno pasado en una fría y extraviada buhardilla de Gottingen, en la Alemania Federal. Sin embargo, la obra está basada en antiguas coplas romances del Chocó, descubiertas allí, hace algún tiempo, por el paciente investigador y compositor de la melodía. Que más que un compositor, es un verdadero y estudioso antropólogo musical: se trata del maestro Jorge López —fundador del grupo colombiano *Yaki Kandru*—, a quien no le gustan muchas cosas en la vida, y una de ellas es que le digan "maestro".

Pero Jorge López vive ahora en París, y *Oh, hilando*, su última creación, no es sólo una melodía perdida en los socavones olorosos del metro de Chatelet. Por el contrario, forma parte de un hermoso disco de larga duración —prensado en Alemania— que acaba de aparecer en las vitrinas de algunos almacenes especializados de la ciudad. Y que posee un título violento, cruel quizás, pero demasiado verídico y aterrador. *Colombia, paloma herida*, se llama el álbum.

De Beethoven a Camilo

"No quiero quedarme en Europa" ha dicho, repetidas veces, Jorge López. Se le comprende, en gran medida, porque se trata de un hombre demasiado ligado a la musicología indígena, autóctona y folclórica de Colombia. Esto es debido, en parte, a su origen serrano y montaraz —nacido en Armenia—, y en parte el largo y extenuante exilio a que ha debido someterse, para poder grabar *Colombia, paloma herida* sin permiso de nadie, en el Viejo Continente. Pero no es que Jorge López esté harto de Europa: "No es un problema ideológico —dice—, sino de defensa de mi identidad síquica".

La verdad es que este cantautor —él canta en el álbum sus canciones— siempre ha tratado de defender su identidad síquica, a pesar de haber tenido que formar parte de un coro de música religiosa, a los 16 años, en un aburrido club social de Armenia. No obstante, aquel temprano tormento coral terminó pronto, cuando fue descubierto por el maestro Gonzalo Hincapié. Con él aprendió canto clásico, y con esas nociones básicas viajó a Bogotá, a mediados de los sesentas, para estudiar una carrera que nada tenía que ver con el solfeo: la sociología.

Ingresó a la Universidad Nacional, y allí se distinguió por su baja estatura, su cara de halcón, sus malas notas, su buena voz y su tenaz iniciativa. El fue uno de los fundadores de la facultad de Antropología, cosa que le sirvió, entre otras, para conocer y trabajar con célebres estudiantes de la época, como Gustavo Zalamea y el sacerdote Camilo Torres. También estudió en el Conservatorio de la Universidad, e incluso llegó a interpretar, como guitarrista clásico, algunas sinfonías de Beethoven. Pero fue, con la aparición del movimiento rebelde de Golconda, en 1969, cuando Jorge López descubrió su verda-

de la música campesina.

Europa en bullerengue

En 1970, junto con Beatriz Wilches, Carlos Chávez y Germán Pinilla, formaron la agrupación *Yaki Kandru*, que se dedicó, por primera vez en Colombia, a investigar la música desde el punto de vista antropológico. Llegaban a los poblados indígenas, como gitanos de pueblo, pero en lugar de intercambiar estampas y espejitos por conchas y collares, permutaron un metal liviano y precioso para ambos: melodías puras.

Yaki Kandru posee diversas composiciones basadas en la música aborigen. Este último trabajo de Jorge López —*Colombia, paloma herida*— es, según sus propias palabras, "una continuación de este trabajo colectivo del grupo, es parte de una misma búsqueda".

Pero fue no obstante un trabajo arduo y demorado, puesto que el disco fue grabado con instrumentos colombianos, con técnicos europeos, con músicos alemanes y en medio de un frío siberiano.

La grabación se realizó en un gélido estudio de Frankfurt, y se necesitaron grandes cantidades de paciencia para poder afinar la esmerada mezcla de instrumentos musicales con que está hecho el álbum. Hay, efectivamente, de todo: desde aristocráticos y enrevesados vicordios, hasta dulces flautas del mazón, pasando por charangos, que-
triples, violines y sintetizadores

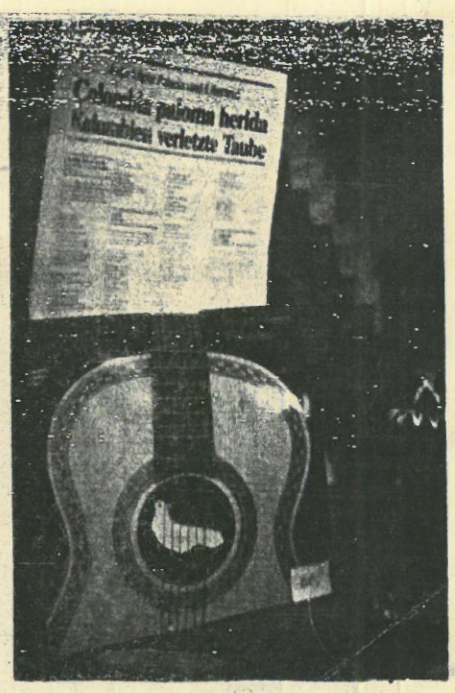
electrónicos. El resultado de esta curiosa babel instrumental es un disco que agrupa técnicas vocales diferentes, con poemas de Neruda, romances chocoanos y coplas carrangueras. Y se vende a 60 francos (unos 600 pesos) en los almacenes de música selecta de París.

La creación de la voz

Para su grabación, *Colombia, paloma herida* contó con la ayuda del conjunto alemán *Lilienthal* y del guitarrista y cantante Javier Apréx, exintegrante del grupo colombiano *Los Carrangueros de Ráquira*. Cada canción posee una técnica vocal e instrumental diferente, y existen melodías tan amorosas como *Oh, hilando*, de la cual la cantante Mercedes Sosa —quien la escuchó personalmente en Frankfurt— afirmó que le gustaría poderla grabar algún día.

Los planes del antropólogo y músico colombiano son, por ahora, establecer una escuela de música latinoamericana en París. "Será —dijo— un centro de experimentación y de creación con la voz humana". En algunos meses, viajará con esta misma idea a Nicaragua, a donde ha sido invitado para organizar una *fonoteca de música de los pueblos*, gracias a la ayuda del Ministerio de Cultura.

La semana pasada, Jorge López penetró a una librería situada a una cuadra del boulevard Saint Germain, y se compró el único texto que encontró en castellano. Se llamaba *El Corrido Mexicano*, de Vicente Mendoza, y traía en su interior un



completísimo estudio, con partituras y todo, acerca de los orígenes de esta clase de tonadas. Cuando tomó el metro para dirigirse a su pequeño departamento, se encontró a unos ruidosos amigos suramericanos en la estación de Chatelet. Se habían colado en el metro, y se puso a cantar con ellos hasta el amanecer.

París, noviembre de 1984

DOMINICAL